

rarse de que estaba bien echada la llave. Al buscar, tactando, la cama, tocó el espejo y supo que, á pesar de los escalofríos que lo agitaban, tenía fiebre. Quiso coordinar sus pensamientos y no pudo; quiso asilarse en sus recuerdos, y no pudo; quiso convencerse de que nadie había de venir cauteloso y adverso por el pasillo propicio al drama, y no pudo. Le era imposible pensar en otra cosa que en eso: en lo que no tenía nombre ni forma, ni materia tal vez: en lo que éra crujido en los muelles, aliento en el viento, opacas pisadas en la alfombra, forma abstracta pero terrible en su imaginación. Sus ojos clavaron la mirada en la puerta por donde iba á venir *aquéllo*, en la puerta que se iba á abrir sin ruido... que quizá habíase abierto ya. Se cubrió todo con la sábana é inclinó la cabeza resignado á recibir el golpe... Un niño comenzó á llorar en el cuarto vecino. Aquel llanto gangoso, casi símbolo de la impotencia, devolvió á Aurelio la confianza. Ya no se sentía desvalido... Con todas las fuerzas de su fervor pidió á Dios, no que detuviera el designio del enemigo que le atisbaba, pidió que el niño no se callase. Aurelio no supo á qué hora el llanto había cesado. Cuando el sueño cerró sus ojos, era media noche, tal vez más...

VI

Todos los años coincidía con la llegada de los primeros veraneantes la apertura de la covacha de monsieur Valnert, que reparaba relojes y escribía á sueldo cartas elocuentes. Cuando los vientos impetuosos del otoño soliviantaban el mar, ahuyentando á los turistas de la población, la covacha volvía á cerrarse y monsieur Valner perdíase durante el invierno en profesiones misteriosas y humildes. Pero al año siguiente reaparecía.

Su clientela era regular; los mismos *chauffeurs* y los mismos lacayos rompían los mismos relojes; las mismas criadas solicitaban las mismas cartas de amor. Lo único cambiante eran los hombres á quienes las cartas se dirigían. Desde hacía seis años, era un cochero italiano quien inauguraba la estación.

—*Buon giorno*. ¿Todavía usted aquí?—decía al entrar, y él:

—Todavía. Cada año me parece que ya no

puede envejecer más; la lupa se pone cada día más turbia, y á veces las ruedecillas de los relojes tiemblan en el fondo de la caja, y creo que la maquinaria ha comenzado á andar sola... Tengo ya setenta y cuatro años... La cuerda se acaba..., se acaba.

Entonces, el italiano, después de una gran risa, interrumpíale:

—Pero el corazón no se hace viejo, ¿eh? Conozco yo una *ragazza* que daría su alma, y algo más, por recibir cartas tan lozanas como las que usted sabe escribir.

Y el oirse llamar joven por aquel mocetón, rejuvenecía á monsieur Valnert hasta resarcirlo de sus achaques. Si una mañana, al abrir su tienda luego de los meses de invierno, no hubiera entrado el italiano á decirle con su habla cantarina que tenía juventud en el corazón, monsieur Valnert habríase sentido irreparablemente viejo, y hasta habría pensado en morir. Caduco, inclinado, no se sabe si por el exceso de años ó porque la espina dorsal se habituara á la posición del cuerpo, siempre arqueado sobre los relojes ó sobre el papel, el buen hombre aguardaba á que el azar guiase hasta su puerta á alguien necesitado de medir su tiempo ó de palabras catequizadoras. Cierta vez había-sele oído contar sus hazañas en la guerra de

1870, sus desventuras en la vida familiar; mas esto fué al comienzo de ejercer su profesión; luego renunció á todas las expansiones confidenciales, sabiendo que, para hacerse dueño de la confianza de los que necesitan ayuda, es mejor no dejar ver ninguna debilidad. Cuando no tenía trabajo, para no parecer ocioso, cosa que depreciaría sus servicios, desarmaba y armaba indefinidamente un viejo reloj de cuco, ó escribía cartas muy largas, sin saber para quién, con una letra parsimoniosa que debió ser gallarda algún día. Si el Destino le hubiese depurado una persona en circunstancias iguales á las que ensombrecían el amor de la mujer inexistente, por la cual escribía aquellas cartas, hubiera sido feliz; pero al Destino le desagrada que se confíe en él, y monsieur Valnert, fatigado de esperar, quejábase melancólicamente de que ya todo el mundo supiera escribir. Esta queja la exteriorizaba cada mañana antes de ponerse al trabajo, cuando concluía de limpiar la lupa ó de sacar de entre los puntos de la pluma algún pelo intruso, nunca antes. Porque en su doble profesión había aprendido, de las cartas, á ser soñador, y, de los relojes, á ser metódico. Era cojo, y tenía un par de muletas nuevas, que sólo usaba los días de fiesta.

Como todos los hechos se repiten en una su-

cesión sin fin á lo largo de la espiral de la Historia tuvo que sobrellevar por su modesta sabiduría la fama con que invistieron las multitudes ignaras á otros sabios de la antigüedad. Susurrábase que poseía fórmulas sobrenaturales, ensalmos decisivos, mágicas palabras que abrían al amor los corazones, igual que la voz de Alí-Babá abría la roca socavada y llena de tesoros. Al comienzo aceptó la gloriosa suposición con repugnancia, para no quebrantar su negocio; luego, familiarizado ya con ella, llegó á no preocuparse de su falsía, y á poner al final de algunas cartas, en el lugar de la rúbrica, ciertos trazos cabalísticos que, si costaban cincuenta céntimos más, bien los valían, pues imposibilitaban de toda resistencia al amante reacio. Sus cotidianas relaciones con los magos, de quienes solicitaba sortilegios para las criadas, aguzaron su facultad imaginativa, ya despierta á causa de su torpeza muscular. Y solía sucederle á menudo—y esto consolidaba su prestigio de nigromante—, que un cliente le sorprendiera en coloquio con la mujer aristocrática, para quien sus cartas iban á ser específico espiritual; y como el vulgo niega la existencia de todo aquello que no ve, al no ver la dama en la covacha del viejo, aseguraban que hablaba solo... El esperaba un poco impaciente, pero seguro; su fe

decaía todas las noches para reanimarse al siguiente día. Por eso, cuando aquella mañana turbó el tic-tac de sus relojes un libidinoso crujido de sedas, y ante su mostrador, real, decidida y turbada, frisando esa edad que la galantería llama ocaso de la juventud, vió el señor Valnert á madame Luzis, se puso en pie y se dijo á sí mismo, mientras inclinó la cabeza en un saludo ceremonioso: «Al fin ya está aquí...»

—Usted es el señor Valnert... ¿Verdad?

—Señora...

—Lo conozco por mi criada, una rubita que se llama Enriqueta... Sé que usted escribe cartas, y necesito sus servicios... No me importa el precio... ¿Sabe usted?... Es preciso que esa carta lo venza, lo fuerce á aceptar... Me han dicho que usted posee recursos...

—Sí, sí; señora...

Monsieur Valnert desapareció un instante bajo el mostrador, en busca de algo. Madame Luzis, con su credulidad de mujer á quien el azar ha levantado desde el arroyo, al través de situaciones casi inverosímiles, muchas veces rezaba á Dios y á numerosos santos, pero creía en la infalible virtud de los oráculos y de algunas hierbas. Para ella, el siete de espadas seguido de una sota ó del cuatro de oros, decía tan indudablemente que una desgracia se avecinaba,

como un calendario anuncia los eclipses... Sobre el borde del mostrador, una de las manos de monsieur Valnert atrajo su interés; era blanca, pura de líneas, sin arrugas ni vello. De pronto, la mano enrojeció al ayudar al cuerpo á incorporarse. El viejo puso ante madame Luzis un paquete de cartas, y bajó los ojos, con modestia.

—Lea..., lea usted, señora... Eso es lo que usted necesita.

Y yendo hacia una muchacha que entró y le saludó familiar:

—Perdóneme un momento... Es una criada que viene á recoger dos cartas que me encargó anoche... Hay que trabajar para la plebe... Las necesidades... La maldita cuerda de la máquina...

Madame Luzis quedó hojeando aquel incomprendible breviario de un amor de quimera. Su romanticismo no daba la medida vasta de aquel fervor con que el viejo suplicaba, loaba, consolaba las dolencias del amante; y las frases henchidas de ternura, escritas con un estilo que sugería la visión de un abate con peluca empolvada y casaca, le hicieron pensar en el teatro. Margarita Gautier debía escribir cartas así; ella también, teniendo cuidado de no dejar salir de la pluma ninguna frase picaresca ó au-

daz, hubiera podido... Entre los papeles del barón ruso que la hizo su heredera, se encontraron varias cartas suyas escritas en tono mayor... Pero no, no era eso lo que le hacía falta... Si él sospechaba de ella antes de ir á la cita, disminuían las probabilidades.

El viejo pensaba que era su elocuencia lo que ella había venido á buscar, y era el signo mágico cuyas líneas formarían los hilos de una red donde la voluntad de Aurelio Zaldívar debía quedar inerte. Al fin, monsieur Valnert comprendió: aquella era una criada como la que acababa de salir; la misma alma con diferente ropa. *Ella*, la aristocrática, la doliente, la que vendría temblorosa como una llama á que él le diese nueva vida con su epistolario de pasión, no llegaba aún. No es que monsieur Valnert perdiera la esperanza de recibirla; sabía bien que las dichas más deseadas llegan tarde, cuando apenas queda tiempo para reponerse de la sorpresa de haberlas poseído... Y guardó sus cartas y escribió la que madame Luzis quiso dictarle. Luego, queriendo agotar la largueza de la suplantadora que no había de volver á entrar en su coyacha, le contó su historia; devanó el ovillo de sus miserias domésticas; exageró la maldad de su mujer y la fealdad de sus hijos. Fué verídico por falta de imaginación. Y, des-

preciándola, casi odiándola por haber venido á hacerle creer que era la esperada, logró obtener una moneda de oro por sus renglones y el signo grotesco que puso al final. Al salir ella, monsieur Valnert miró la moneda de oro con la lupa. ¡ Tal vez la *otra* no pagase así todas las cartas de amor donde había él puesto tanto de su tiempo, tanto de su espíritu !...

Madame Luzis fué á pasear á la playa. Estaba contenta, y su esperanza y su júbilo tenían un marco digno en la mañana. Las brisas eran fluídas; el aire tan límpido que se veían á gran distancia juntar sus dos azules al mar y al cielo. El azul del cielo era claro y profundo; el del mar, vario, veteado de gris, ígneo, turbio, á lo largo de la playa, donde la espuma—espejo de Penélope—tejía y destejía una greca de encaje. El sol encendía todo con benignidad, haciendo refulgir los tonos vivos de las sombrillas, la arena de oro, las tiendas de lona, las esculturas húmedas de las bañistas... Era una mañana de optimismo. Tres muchachas, cogidas por las manos, venían del mar en busca de una brazada de flores que un galán les ofrecía en la orilla... Las formas iban surgiendo del agua armoniosamente; ya las tres ánforas emergían casi por completo, cuando un destello de la mirada lujuriosa vendió al galán, é hizo com-

prender á las muchachas la estratagema... Los cuerpos se hundieron unánimes, y las flores volaron hacia ellos y cayeron á medio camino sola la intranquilidad de las olas, que las dispersaron, las deshojaron... Aquella escena pareció la resurrección de un mito risueño. Fué así, sin duda, como un fauno ingenioso atrajo antaño hasta el lecho mullido del bosque á tres ninfas.

Madame Luzis se sentó sola. Vió á lo lejos á don Juan Antonio Méndez y á Sebastián que hacía con un bastón en la arena hoyos que la marea creciente iba inundando poco á poco. Se sentó sola, y un momento pensó en el viejo que escribía fríamente cartas apasionadas, en el pobre viejo, una de cuyas manos había servido á un escultor para modelar una diestra de Cristo; su corazón, fácil á todas las conmiseraciones, llenóse de piedad para aquel hombre que tuvo la suma desdicha de tener hijos feos y de reconocer que lo eran. Este recuerdo la importunó muy poco. Su veleidad y su piedad eran iguales... Alzó la cabeza, pensó en Aurelio, y su mirada, luego de atravesar la transparencia de la mañana, fué á fijarse distraída en un vapor que, mancillaba el impoluto azul con una línea de humo: línea sorprendente, sinuosa y cabalística como el signo que había puesto en su carta monsieur Valnert.

Muy de mañana, la luz hizo casi transparentes los estores, dando á Aurelio Zaldívar el buen día y una sensación de bienestar. Vistióse con presteza, igual que si alguien lo esperara. Al lavarse cantó una vieja tonada infantil; ignoraba saberla de memoria, y el recordarla le produjo melancolía. Salió al balcón, abierto sobre una plaza cuadrangular. La neblina daba una uniformidad gris á la ciudad y al cielo; pero el sol, que comenzaba á disiparla, doró súbitamente la cúpula de una torre que fulgió maravillosa y lejana como un milagro. Era una plaza grande con dos estatuas y muchos kioscos donde se vendían flores. El perfume vegetal entraba en su cuarto llevado por un viento marino que, nostálgico de las velas de algún bergantín, obstinábase en henchir los cortinajes del lecho. El mar penetraba hasta el corazón de la ciudad por canales donde se reposaban los navíos de sus largos viajes. Desde el balcón Aurelio pudo ver ante sí, desdibujados por la bruma, los *yachts* de los becerros de oro. Surtos junto al acantilado, aguardaban el capricho de sus amos ó la bonanza del tiempo, arduo ese mes para los navegantes. El mozo que le llevó el desayuno le fué identificando casi todos los

yachts. Aquél, el de chimenea blanca y porte de trasatlántico—indicaba—, es el de Rothschild; el pequeño pintado de azul, el de sir Gordon Benet; el que está á la izquierda con dos mástiles y una cenefa roja en la parte baja del casco, es de Menier, el fabricante de chocolate, ¿sabe usted?; el que tiene un águila de oro tallada en la proa, es del Príncipe de Mónaco; aquel otro anclado más allá del puente de hierro, de un millonario inglés... Y poco á poco, como al llamado de la enumeración, iban los buques surgiendo de la niebla hasta mostrar distintas, esbeltas, sus siluetas finas de aventureros. Al mirar á uno de los balcones contiguos al suyo, Aurelio vió á una señora con un niño en brazos. ¡Con cuánta gratitud hubiera ido á besar á aquel niño!

Encontró la carta de madame Luzis en el hotel, de regreso de un paseo matinal. Obedeciendo á un certero instinto, madame Luzis le citaba en Dauville, y evitaba en la carta todo dato que pudiera ser un indicio, segura de que en la sorpresa era más fuerte. Mientras comía, Aurelio releyó la carta. ¿De quién podía ser? Iba á dejarla ya, sin curiosidad, cuando la idea de que fuese de Natalia entró en su espíritu. Volvió á leerla para convencerse de que ni la escritura ni la forma tenían nada común con

las cartas que guardaba en el bolsillo interior de su chaleco. Y, sin embargo, estas observaciones no extinguieron la duda. Natalia Roca se había mezclado de tan insólita manera en su vida, que él, semejante á un niño que entra en un laberinto encantado, estaba dispuesto á no sorprenderse. Ni siquiera un instante fué á su pensamiento la sospecha de la verdad; no hubiera creído á madame Luzis apta para ninguna precaución, para ninguna de las ambigüedades de aquella carta donde, esfumando el concreto hecho de la cita, el velo de un pudor ó de un temor tentador, tendiase... Sin saber que la experiencia es inútil para esta clase de tentativas, tuvo confianza de que á madame Luzis le sirviera para comprender la esterilidad de sus esfuerzos.

Al empezar á comer, había adoptado la decisión de no ir; pero aún el segundo plato no estaba en la mesa, y ya la curiosidad le aguijoneaba. Durante la comida cambió varias veces de propósito. Salió del hotel, decidido á olvidar la cita inoportuna. Lentamente llegó al muelle, de donde partían los vapores. Allí titubeó de nuevo: «¿Y si fuera ella?...» De todos modos, el día era muy largo, y ya el tedio comenzaba á ganarle... Hasta el día siguiente no era la cita... ¿Y si algún incidente la hubiese obliga-

do?...» Estas reflexiones las hizo ya sobre la pasarela, cuando el vapor había soltado las amarras que lo retenían. Llegó á Dauville á media tarde. Dos muchachos le guiaron hasta la calle que deseaba encontrar; era una vía sombreada por dos filas de castaños y por dos hileras de hotelitos que se escondían tras de 'minutos jardines. Aurelio iba sin aceleración, para decirse que iba sin entusiasmo. En verdad, tenía miedo de ir á aquella cita, y hubiera deseado recibir una burla. ¿Qué decirle si la encontraba allí, sola, en el fondo de una alcoba tibia, tal vez vestida de claro y descotado el pecho?... Desde que puso el pie en la escalerilla, casi cubierta de floridas enredaderas, tuvo la certeza de que no era Natalia Roca. El miedo al ridículo le impidió dejar la aventura; tuvo temor, un cobarde deseo de volverse atrás. Sin la luminosa cordialidad de la tarde, aquello hubiera tenido algo de imponente... Al descender—el jardín estaba á inferior nivel que la calle—, la puerta de hierro desperezóse con un herrumbroso quejido de aviso, la arena del jardín crujió bajo sus pisadas, y las ventanas de la casita, inmutables, parecieron mirarle con fijeza y hostilidad. Cuando iba á oprinir el timbre, una criada anciana le abrió, y con sigilo, haciéndole señas para que no pronunciase las palabras que él no

pensaba pronunciar, lo condujo á una habitación del piso segundo. Allí estaba madame Luzis, que le tendió las dos manos, los dos brazos, para recibirle. El sólo tomó una de las dos manos.

La entrevista fué tempestuosa. Aurelio sentíase defraudado y no pudo reprimir el primer gesto de sinceridad. Madame Luzis quería quemar su último cartucho; de aquella entrevista sólo dos salidas podrían evitarle pasar por la del ridículo: la puerta del triunfo ó la de la violencia. Como en los comienzos de su vida, antes del hallazgo del barón ruso, el dinero había sido el único obstáculo entre el deseo y la realización de todos sus caprichos, ni un momento dudó de la victoria. Y ahora, la actitud inconcebible de Aurelio la desconcertaba, la llevó á extremos de humillación y de frenesí. Se arrodilló ante él, lo insultó, le ofreció dinero; sus pies coléricos rasgaron una piel de tigre, y sus manos, al golpear una consola, hicieron caer á dos pastorcitas de porcelana, que pasaron del minué á la muerte confundiendo sus restos con los de un búcaro de Sevres.

Ante él, correcto y distante, ella fué, alternativamente, rastrera y altiva; profirió injurias contra Natalia Roca, y casi tuvo entre los labios un epíteto para abatir la soberbia de Aurelio.

Pero no lo dijo... ¿Para qué? La impasibilidad de Aurelio la anonadaba. Todo era inútil... Luego de la crisis quedóse enervada largo rato, bajo el golpe de la primer derrota. Nada hubiese reconocido la mujer soez del momento anterior. El se esforzó para dulcificarle... ¡Todo era inútil... Ella comprendía..., comprendía bien. Con voz sollozante:

—¿Para qué ha consentido que yo sufriera esta vergüenza?—dijo.

E impulsada por una fuerza nueva, confesó cómo había pasado por la vida de cortesana tras un anhelo de reivindicaciones, consolada por la esperanza de hallar al fin alguien de quien recibir consagración recíproca, alguien á quien poder acariciar sin remordimientos ni inquietudes: un amor tan íntimo que purificase el pasado, que no diera tiempo á pensar en él... Ella carecía de las cualidades necesarias al papel que representó en su vida... A veces el éxito nos hace creer lo que no somos... Todas las noches, al acostarse, pensaba: «Mi vida no es ésta; ya vendrá la hora de vivir para mí»; y la vida se le había pasado sin saber... ¡y era tarde ya!... ¿Acaso sucedíale á él algo análogo?... Sí; lo decían su silencio meditativo, sus miradas de inconformidad, el pliegue torvo que á veces nublabá su frente...

Un instante, al efecto de sus quejas, Aurelio se conmovió y ella tuvo esperanzas... Pero en cuanto el trunfo quiso sobrevenir, de nuevo la impasibilidad le obstruyó el camino. La entrevista fué larga. Al fin ella le hizo confesar que también él... Y no se pudieron poner de acuerdo, porque ambos deseaban lo mismo.

Aurelio guardó de esta entrevista un recuerdo penoso. De regreso á El Havre quiso entretenerse visitando el puerto, y guiado por un grumete, pensando en Natalia, paseó su hastío por los puentes giratorios, por los almacenes llenos de sacos de café y de pacas de algodón. Cruzóse con una cuadrilla de carboneros que venían de la descarga de un buque, é instintivamente cedióles la acera para no tropezar con ellos. En seguida se reprochó... ¿Hasta cuándo iba á continuar la idolatría de las falsas posiciones? ¿No eran aquellos carboneros, seguros sobre la negra solidez de su oficio, más dignos que él, desorientado, parásito, carne perfumada y gangrenada de la sociedad?... Hubiese querido volver á pedirles perdón; hubiese querido poner en todos los actos de su vida, hasta en los más pequeños, su alma íntegra, su voluntad de bien. Súbitamente sus ojos se humedecieron; por su recuerdo pasaron, agolpándose, las hazafías que había oído contar de sus mayores; la familia

lejana pareciale mejor y más digna de que su prestigio fuera respetado... Y á esa tristeza sucedía el júbilo de sentirse distinto. Su alma era pequeña para contener todas sus ilusiones en la vida que comenzaba. Y hubiera querido que las gentes estuvieran contentas; hubiera querido oír venir de afuera las voces que cantaban en su interior.

El camarero le indicó durante la cena, con aire confidencial, un teatrúcho donde podía pasar divertido la noche. Temiendo las horas tediosas en su cuarto ó en el salón de lectura, siguió el consejo.

El teatro se llamaba «Brasserie National», y no estaba lejos del hotel. Debía seguir la calle de París, y casi al final, á mano izquierda... Y el camarero guiñaba un ojo, satisfecho de su utilidad.

Aurelio fué. Era una sala llena de humo y de emanaciones alcohólicas, en cuyo fondo alzabase un escenario, en el que se exhibían mujeres y hombres lamentables, ante la lujuria metódica de los marineros. Las canciones, ya melodramáticas, ya cómicas, satisfacían el gusto embotado del público. No era lo triste, era lo truculento; lo picaresco suplantado por lo obsceno; las frases no se insinuaban, se concluían. Y ya al final, para hacer creer en un poco de idealismo,

una mujer estrujó entre sus labios pintados un aria de ópera.

Aurelio salió entre la multitud, revueltos el estómago y el espíritu por una misma náusea. Todavía en su cuarto, tuvo que abrir el balcón, porque el olor á tabaco, á carnes sudorosas y los perfumes fuertes persistían. Mientras se desnudaba recordó que una de las actrices estaba encinta, y recordó también á un hombre que se descoyuntaba como un ofidio, mientras el público permanecía quieto, trémulo y placenteramente aterrorizado, en espera del ruido anunciador de que una vértebra se había roto. Quiso apartar de su memoria todo cuanto pudiera impurificarla, y luego de permanecer un rato abstraído, pensó en Natalia, en su cita del día siguiente. Se durmió tarde y tuvo sueños monstruosos.

El día siguiente amaneció claro. Tenía prevista la angustia de esperar; pero la mañana se fué rápidamente. Cuando concluyó de vestirse, ya eran las doce. La hora que precedía á la de la cita sí le pareció larga...

El camarero, que ya se interesaba por él, le dió con tal justeza la dirección del «Boulevard

Maritime», que anduvo perdido largo rato, y gracias á eso no llegó con demasiada antelación.

El paseo era tal como estaba escrito en la carta de Natalia; uno de los lados, abierto al mar, tenía en toda su longitud una baranda que separaba la acera de un talud al comienzo, y de la playa rocosa después. La avenida era pendiente, y desde lo alto, por la acera asoleada, vió Aurelio deambular á los paseantes; las muchachas de gráciles siluetas, los burgueses ventrudos de andar lento y largo discutir; las criadas arrastrando cochecitos con niños; toda la multitud sensible á la alegría de un día de sol, en un país donde el invierno dura diez meses.

Pasó un cuarto de hora..., diez minutos, porque su reloj tenía cinco de adelanto... De todas maneras... Se desabrochó el chaleco para cerciorarse en la carta de la hora y del día de la cita... Sí, era el miércoles, ya debía haber venido... Si venía al fin..., ¿cómo vendría? ¿Sola?... ¿Adónde debía de llevarla? ¿Con qué frase la debía acoger? ¿Hasta dónde debían llegar sus timideces? Ella había escrito que en aquel paseo se encontrarían como por casualidad, como si no se conocieran. Eso era lo mejor... Pero no es fácil imitar á la casualidad,

no es fácil olvidar las pocas veces que la casualidad no nos rige. En cuanto sabemos, nos traicionamos... La incertidumbre le angustiaba, le torturaba... Casi hubiese preferido... No; eso no. Volvió á mirar la hora: «Diez minutos, doce minutos más... ¡Si no viniera!»... De pronto, allá abajo, entre la fila de gente la vió avanzar llevando al niño de la mano.

En la quietud de la tarde adquiría cada elemento del paisaje un valor substantivo. Sobre la arena correteaban los muchachos, y una paralítica tomaba el Sol hundida en una silla de manos. Ondulábase el mar á partir de tierra, cual si fuera aquella playa el lugar de su nacimiento; y sus tonalidades de color se degradaban con la distancia, igual que las tintas de un recuerdo se decoloran á medida que los días se suceden. El sol esplendía; el mar resplandecía como debe resplandecer la luz en fusión. Por ambos lados las montañas eran barreras del paisaje; pero hacia el fondo, la extensión prolongábase desafiando á la vista, que hubiera querido ir más allá, penetrarlo todo, curvarse sobre la redondez del mundo. Las barcas se inclinaban con gracia; el triángulo de las velas

hacía pensar en el Mediterráneo, y el viento, al hincharlas, daba el temor de una zozobra en medio del acorde de vida que todas las cosas entonaban. Tal vez aquellas velas, vistas de cerca, tuvieran los estigmas del trabajo—suciedad, costuras—, pero perdidas en la lejanía, parecían alas de palomas. A la derecha, casi en el confín del horizonte, una niebla de oro se alzaba desde el mar hasta el cielo, velando perspectivas de nácar, de cobalto, de alabastro, de esmalte. Algunos navíos encaminábanse al puerto, que los esperaba con los dos brazos de mampostería que forman su entrada, tendidos en un ademán de protección. Las estelas—linderos para demarcar propiedades que nunca se han de ver en litigio,—más parecían señalar el camino á los buques que ser sus huellas. La tarde estaba saturada de júbilo. Todo consumía un instante de plenitud. El aire embriagaba como una caricia. El espejo del agua no podía copiar toda la profundidad del cielo.

Desde el balcón, mientras el niño jugaba en la mesa con los terrones de azúcar que sobraron del te, Natalia y Aurelio contemplaban en silencio el paisaje. Ella tenía las manos juntas detrás de la cintura, y él pensó que quizás era inoportuno dejarlas allí, acariciándose la una á la otra, lo mismo que dos hermanas que es-

peran... Iba á arriesgar su diestra, cuando Natalia volvióse para preguntarle:

—¿ Por qué no me ha contado lo que le dice su mamá en la carta?

Esto lo maniató, lo redujo. Súbita, una nube se tendió sobre la ciudad, sobre las montañas, sobre todo, arrastrada por un viento vehemente. El mar tornóse turbio y colérico, y las olas golpearon impetuosas los malecones, como si quisieran escapar del furor que las impelía. Un turbión oblicuo veló el horizonte. Los buques desaparecieron tras la cortina de la lluvia; el cielo tenía toda la gravedad y la color del plomo; el agua parecía pastosa; el ambiente era gris, color de angustia. El huracán hacía cambiar de continuo la dirección del chubasco, suscitando remolinos. Y la tarde gloriosa del momento anterior, sentíase irreparablemente extinta, separada de aquella desolación por algo más duradero que un minuto, más denso que una nube preñada de lluvia.

Algunas personas entraron á tomar te, forzadas por el aguacero. La camarera iba de un lado para otro, poniendo en un rincón los paraguas, que anegaban el piso. Natalia y Aurelio miraban adolecidos el fracaso del día. De pronto, la lluvia vino hacia ellos y los hizo entrar. Las gotas eran gruesas y tibias.

Aurelio comenzó á dibujar sobre el mármol el retrato del niño. Las líneas fueron poco á poco superponiéndose, complementándose, y masas de sombra que cayeron sobre ellas acusaron dimensiones y relieves; la faz ingenua quedó fijada; luego vinieron los ojos, y fué preciso que el niño se estuviera quieto hasta que la clara mirada, encendida de curiosidad y ya con un desmayo de melancolía, animó con luz de vida el rostro. Natalia seguía la obra atentamente. Su elogio fué sobrio y entusiasta. Era la primera vez que un elogio proporcionaba á Aurelio una emoción más turbadora que la complacencia.

—¡ Admirable!... Eso no se enseña en las Academias... Si nos vendieran este mármol...

—¡ Ah, que usted no ha visto ningún dibujo mío!

El niño se obstinaba en llevarse el retrato, y se hizo menester toda la dialéctica de Aurelio para convencerlo de que le pintaría otro mejor, con colores, y de cuerpo entero, montado en un caballo. La oferta del caballo lo venció. A manera de prenda, Aurelio le hizo una pajarita con la servilleta de papel... La nube tempestuosa pasaba... Primero fué un borde azul, luego se agrandó, fué reconquistando instante á instante su predominio, pero no era ya el azul ful-

gente; la nube, al pasar junto á él, le había quitado su resplandor; y ahora era un azul mate en el que el gris había dejado mucho de su alma. En el mar, borroso, el sol iba á ponerse sin fausto. Apenas si las aguas tenían un leve rubor. Aurelio propuso al niño, que todavía miraba el retrato:

—Pon el gallito cara á la ventana... A ver si cree que va á amanecer y canta su kirikiki.

—Papá, una vez, me compró uno que cantaba y que tenía plumas... ¿Verdad, mamáita?

Ella lo miró fijamente. El niño depuso la mirada lleno de turbación, consciente de haber delinquido. Hubo un silencio. Natalia dijo entreabriendo los labios en una sonrisa de perdón:

—Acaba de contar... Aurelio te estaba escuchando...

Y él, repuesto ya:

—No...—continuó—; este gallo no canta. Además, los gallos saben mejor que nosotros cuándo empieza el día.

Salieron. Unas muchachas que los espiaban, se acercaron á la mesa para ver el retrato del niño.

De cada una de sus entrevistas con Natalia Roca salía Aurelio como de un baño. Fué un mes inefable. El concluyó por no hallar anormales aquellos paseos en compañía del niño, aquel platonismo animado por preocupaciones éticas, en el fondo del que, á veces, sentía hasta un físico bienestar. Era un licor de gusto extraño que tenía las heces dulces. Los primeros días, Aurelio quiso luchar, desentrañar el misterio de la mujer, para convencerse de no estar siendo juguete de un refinamiento. Luego se abandonó á la aventura, renunciando á la ilusión de guiar su barca. Si Natalia acrecía su resistencia y elevaba su concepto del deber para gozar la voluptuosidad de agrandar el pecado, podía hacerlo con impunidad. Toda audacia de pensamiento la desarmaba ella con el ingenuo abandono de su trato. «¿Vamos por el camino de Etretat hasta que sea de noche? El último vapor sale á las nueve. Tenemos tiempo»—le propuso una tarde. Y fueron, y al regreso, cuando la sombra bajaba de los montes á ungir la tierra con su silencio de intimidad, ella le cogió por el brazo, le habló de su amor, y de la urgencia de la separación; y las inflexiones de su voz maniataban al demonio de la lujuria; para él no eran incitadoras, eran sedantes. Sumiso á su influjo, Aurelio llegó á poseer la certidumbre de que

aquella mano, aquellas palabras, eran una guía que Dios le había deparado para que no volviera á extraviarse. Y se dejaba conducir con la misma confianza que los caballeros en los palacios encantados: sin ver las manos que sujetaban las antorchas, y sin saber de quién era la voz que en los instantes de titubeo les decía: «Este es el camino».

Fué un mes inefable... La Naturaleza estaba florida como sus almas. Perseguidos por las sospechas de los amigos de Trouville, se vieron casi todos los días. El iba á esperarla, y siempre llegaba mucho antes. Cuando veía el vaporcito entre los dos faros de la entrada del puerto, situábase primero en el extremo del malecón, para verlo pasar, y corría luego para llegar jadeante al muelle antes de que atracara. Ella, desde el puente, alzaba en sus brazos al niño para que lo saludase, y á veces, sin preocuparse de la curiosidad suspicaz de las gentes, se hablaban á gritos, cuando aún el vapor estaba en marcha.

—Tardábamos... ¿Verdad?— preguntábale ella haciendo bocina con sus manos; y Aurelio:

—Mucho... Creí que no iban á llegar nunca.

Al desembarcar, él tomaba al niño para besarlo, y Natalia sabía que aquel beso no era sólo para su hijo. Esto un día tras otro, sin de-

caimiento en el placer de esperar ni en el temor de que llegara la hora de separarse. Un día, Natalia quiso subir á su cuarto, y Aurelio dudó; otro, llegó sola diciéndole que el niño pasaba la tarde con unos amiguitos, y Aurelio volvió á dudar. Pero aquellos días pasaron como todos... Cada tarde, el mismo sol sobre los mismos paisajes tenía un hechizo nuevo. Proyectos... silencios henchidos de compenetración..., blanda monotonía; monotonía fugaz de la realidad, invertida á veces con toda la dignidad de la poesía. No hubo rincón pintoresco del Havre que no los viera pasar. Ya tenían encuentros familiares: gentes que les sonreían al cruzarse en el paseo; una tarde oyeron comentar en un grupo ante el que habían pasado:

—Debe de ser una viuda que se ha vuelto á casar.

¡Si esas palabras hubieran tenido la fuerza de un vaticino! Al magnetismo de ellas marcharon largo rato en silencio, ensonñando. Desde donde estaban, la ciudad veíase muy abajo, y era un montón de techos rojizos del que se destacaban algunos campanarios, y, hacia la parte del puerto, las chimeneas de los buques que parecían surgir de la tierra. Natalia sacudió la cabeza. ¿Desechaba una tentación?

—¿Oyó usted?—dijo.

—Sí, oí.

—¿Le disgusta?...

—Me disgusta porque no puede realizarse.

—No tiene usted fe; tal vez no tiene usted suficiente voluntad. Yo creo que la mayoría de las cosas que no conseguimos, es que no las hemos querido bastante.

—Voluntad... Bien lo sabe... Si con la voluntad que me sobra pudiera adquirir fe...

—No es cosa de hacerle otro sermón sobre la fe. Ya he agotado mis argumentos... ¡Incorregible!

El se detuvo para argüirle:

—De todas sus palabras me acuerdo. De las que me hieren, según usted para estimularme, y de las que me acarician con la promesa... Usted me ha dicho que la fe no nace poco á poco, que es necesario despertarse un día lleno de fe... Pero yo sueño una noche tras otra que ese milagro va á cumplirse, y luego me despierto incrédulo... ¿Tengo yo la culpa?

—Es que no cree que va á despertarse con fe.

—Si lo creyera, ya tendría fe y el milagro se habría cumplido antes de dormirme... Pago har- to caro mi inconsciencia... Quisiera poderme engañar con el bien como estuve antes engañado con el mal... Usted me ha dicho que es más probable que me espere que que yo me decida á

volver. De su boca he sabido verdades crueles, y no lo eran por ser su boca la que las decía... Me iré, Natalia; no tenga miedo... Quiero ensayar el olvido de lo que pasó, renunciar ó merecer esa ansia de aristocracia que me ha perdido... Pasaré un año ó dos, y volveré después.

—Y si no vuelve...

—Sí, ya sé lo que va á decir; si no vuelvo, usted habrá hecho una obra de caridad... Pero volveré; me quiero ir porque quiero volver... Volveré habiendo roto este pedazo de mi vida que voy á extirpar como un miembro insano. Mi vida será de este modo más corta, pero será mejor... Bien sé que no haré fortuna allá... No, ya sé que eso no le importa... Y cuando vuelva, sabré afrontar todas las esclavitudes del jornale-ro... El tiempo habrá pasado... Yo seré otro, y puesto que la fórmula establecida no es lo que la cohibe, viviremos juntos, y usted confiará á mi trabajo el capital ya que para ganar dinero se va haciendo preciso tenerlo—, y me lo confiará segura de no poner algo del porvenir material de su hijo en manos de un hombre que para parecerse á su marido...

—¡Calle! ¡Calle!...

El hubiese hablado más; su elocuencia era balbuciente, pero tenía la llama de la voluntad, la llama del corazón, y esto la hacía persuasiva.

En esos momentos hubiera querido partir, llegar al país distante y... ¿qué iba á hacer allá?... La incertidumbre obligábale á detenerse. Veía ante sí las rutas de todas las profesiones como brazos abiertos, y, sin pensar que á veces esos brazos oprimen hasta dejar exangües á quienes á ellos se confían, el movimiento de acogida con que se le representaban aquellos brazos dá-bale arrestos nuevos. Y, exaltado, sintiendo en su alma la fuerza de un sugestionador de destinos, hablaba, hablaba... hasta que, de pronto, el timbre de su voz sonaba extrañamente en su oído, y, turbándose igual que ante un testigo inoportuno capaz de desmentirle, tenía que callar.

Una tarde Natalia no llegó. Aurelio estuvo en el muelle hasta ver atracar dos vapores después del que debía conducirla. Desde el extremo del malecón veíase Trouville albear sobre la costa. El mar apenas estaba rizado; el aire tenía la ternura de una caricia maternal; los vapores traían más viajeros que habitualmente. Todo cantaba una invitación al viaje, y las barcas, sobre el bruñido azul de la bahía, balanceábanse con la intranquilidad de un deseo... Mientras esperaba, Aurelio iba rechazando todas las hipótesis, una á una, luego de torturarse con cada adversa suposición. Entre la llegada

de uno y otro buque, iba al sitio más eminente del muelle para escrutar la lejanía. Trouville recibía imperturbable la interrogación de su mirada. Un pesquero entraba suavemente; la vela, flácida, no lo impelía ya, y un marinero, de pie en la popa, hacía avanzar con un solo remo; los peces rebrillaban en el fondo de la barca, cubiertos por la red; sobre un rollo de cuerdas ladraba un mastín á la tierra cercana... Nada en la tarde podía permitir un mal presagio; el aire, ilimitado, era tan claro como un brillante... Y algo debía, sin embargo, pasar allá; alguna traba muy recia debía retenerla, cuando ni en los dos días de mal tiempo faltó á la cita. Allí estuvo tres horas sin agotar la esperanza de verla llegar, sospechándola en cada mujer que se inclinaba sobre la borda de uno de los buques que venían de Trouville. Los viajeros y los marineros lo vieron toda la tarde en el muelle. Una vez quiso regresar al hotel, y ya á medio camino se reprochó su escasa paciencia; fué otra vez á medir con sus pasos la longitud del malecón. Perdió la esperanza cuando Trouville se difuminó entre la bruma del crepúsculo. En el hotel halló una carta. El niño estaba enfermo, y ella, al mismo tiempo que lo tranquilizaba, decíale la inconveniencia de ir á verla. «Serían un par de días, tres ó cuatro acaso, de separa-

ción, y tras ellos, la vida normal volvería á comenzar otra vez. ¿Acaso no era favorable un aprendizaje de separación?» Por la insistencia del ruego comprendió Aurelio que algo más de lo confesado ocurría. Enfermo de temor, no tuvo fuerzas para suponer nada. La luz comenzaba á decaer cuando se embarcó. No iba dispuesto á entrar en la casa... Sí, sabría conformarse... No subiría de ningún modo... Sentóse en uno de los bancos de cubierta, lleno de intranquilidad y de cólera; de vez en cuando, él mismo pretendía calmarse, pero la mirada fulguraba siempre con el mismo rigor, y el mentón voluntarioso echado hacia adelante hacía dura su fisonomía. Hizo el viaje junto á dos cocotas que iban á perder con los caballitos del Casino lo que habían ganado con los hombres. Las oyó hablar alto, insinuar una demanda de alianza... Una de ellas fingió mareo, pero él no llevaba frasco de sales ni buen humor.

Desde lejos, Aurelio vió las luces de Trouville rutilar, y lentamente el muelle de hierro, semejante á una tela de araña rectilínea tendida sobre el mar, fué destacando sus dos pisos. Cuando desembarcaron ya era de noche... La estela del vaporcito fosforescía; el haz de luz del faro giratorio de El Havre obligaba á pensar en una mirada luminosa que fuera recorriendo uno

á uno los puntos de una inmensa circunferencia; luces rojas destellaban á lo lejos, sobre el puerto, sobre el mar. Con el temor de ser visto, subió la escalera mezclado á un grupo de viajeros. Acodado en la baranda, cerca del extremo del muelle, Sebastián estaba solo, tan distraído, que no vió á Aurelio pasar ante él. Un momento, Aurelio fluctuó entre solicitar su ayuda y pasarse sin ella... Ya era inútil: Sebastián venía á pasos resueltos hacia la salida. Tuvo que hablarle:

—¿Qué hace usted tan solo en esta obscuridad?...

—¿Usted por aquí?... Usted será, al menos, mi amigo.

—¿Yo?... Sebastián... Precisamente en nombre de nuestra amistad, quiero rogarle que nadie sepa que estoy aquí.

—No, no.

—Nadie... ¿verdad? Confío en su hidalguía de español.

—Nadie, Aurelio... Además, no tendría á quién decírselo... Ya no tengo amigos; me han abandonado, me han calumniado, querido Aurelio... Al fin, toda esa gentuza son franchutes... nada de señor y señora Craud: *musié* y *madama* Craud á secas... Unos cualquiera, Aurelio... De usted hablan pestes; y han pre-

tendido que yo, yo que casi he visto nacer á la niña... ¡ Si no fuera porque !... los despachurra. Un español es incapaz de eso, y yo soy español. De mí se han reído porque en la estación de Burdeos pedí una botella de Rioja.

Aurelio sacó de estas palabras, desengañadas y vibrantes, una historia que pudo completar después. Supo que habían sorprendido á Sebastián en la escalera acariciando á la hija de los Craud, y que la señora, indignada ante la pretensión del marido que intentó en el primer momento disculpar, propuso, implacable, este dilema: «Renunciar á la amistad del *sal tipe* de Sebastián, ó á toda ayuda pecuniaria para proseguir la reclamación de la herencia del Almirante. Ella estaba segura de que Sebastián era el instigador de su marido, quien lo lanzaba á todos los horrores de *la calle*. Monsieur Craud puso en la balanza de su egoísmo la vieja amistad de Sebastián, sus diez años de correrías á caza de modistas, su discreción, la ayuda de sus puños rotundos como dos argumentos, la aureola de españolismo con que su compañía lo nimbaba..., todo. Pero en el otro platillo de la balanza cayó la perspectiva de una vida sórdida, y Sebastián fué sacrificado. Al día siguiente de la ruptura, monsieur Craud pensó enternecido de conmiseración en Sebas-

tián; lo supuso solo, sin saber una palabra de francés é incapaz de aprenderla—pues era débil de carácter y testarudo; lo vió descentrado, perdido, sin otro recurso que vivir en la hostilidad de París ó retirarse al único sitio donde ya no podría ser español con la misma exuberancia: á España. Y entre el amargor de este recuerdo y el de dos vasos de cerveza, monsieur Craud, para quien la Filosofía tuvo siempre incentivos casi sensuales, pensó que el infeliz Sebastián, perdiendo en un segundo de arrebató concupiscente la muelle existencia de diez años, era un símbolo á la vez dramático y grotesco de la humanidad.

—*Cet Sebastián c'est une parabole, une fable*, dijo; y en seguida, acordándose de que debía ser español:—Es lástima que mi mujer se haya puesto así...

Y siguió bebiendo.